



Y LÍBRANOS DEL MAL

del día glorioso de nuestro Señor Jesucristo (Fil 1, 9-11; 1 Tes 3, 12-13). Esta es la convicción que mueve al discípulo a orar con las palabras de las dos últimas peticiones del Padre Nuestro.

Si es cierto que «el que perseverare hasta el fin se salvará» (Mt 24, 13 = Lc 21, 19), no es menos cierto que «el Señor es fiel; él os fortalecerá y os librá del maligno» (2 Tes 3, 3). «¡El que os llamó es fiel y cumplirá su palabra!» (1 Tes 5, 24). Podemos buscar fuerzas en el Señor (Ef 6, 10), ya que su fuerza poderosa está al servicio de su amor, y su amor nunca falla.

La fidelidad de ese Dios al que llamamos «Padre» es algo indiscutible, pues pertenece a la estructura de la obra que él mismo ha comenzado en nosotros: «El que no perdonó a su Hijo, antes bien lo entregó a la muerte por todos nosotros, ¿cómo no va a darnos gratuitamente todas las demás cosas junto con él?» (Rom 8, 32).

Por eso Jesús nos alentó diciendo: «No temáis, pequeño rebaño, porque vuestro Padre ha querido daros el reino» (Lc 12, 32). Si nos ha dado lo más, nos dará sin duda lo menos: y entre otras cosas, la perseverancia en la fe mientras esperamos la manifestación gloriosa de su reino. En esa esperanza, que define nuestra existencia cristiana, hacemos nuestra la certeza de san Pablo cuando escribía:

«No os falta ningún don, mientras esperáis que nuestro Señor Jesucristo se manifieste. El también os mantendrá firmes hasta el fin, para que nadie tenga de qué acusaros en el día de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es Dios que os ha llamado a vivir en unión con su Hijo Jesucristo nuestro Señor» (1 Cor 1, 7-9).

«Padre..., haz que no entremos en tentación; más aún, líbranos del Maligno (o del mal)». Pedimos al Padre que venga en nuestra ayuda, porque se encuentra amenazada nuestra identidad de «discípulos de Jesús», de «hijos del reino» y de «hijos de Dios». En la petición anterior imploramos la ayuda divina para la hora de la tentación; en ésta insistimos en el peligro de la seducción y del poder del Seductor, pedimos una ayuda inmediata, eficaz.

a. El verbo «*rhúomai*» “Líbranos”

Expresa una liberación. Se le añade valores enfáticos, según cada contexto: liberar a alguien sacándolo a la fuerza de una situación peligrosa, arrancándolo del poder de un adversario terrible y dominador, salvándolo a tiempo de un peligro inminente (cf. Lc 1, 74; Mt 27, 43; 1 Tes 1, 10; Rom 7, 24; 2 Cor 1, 10; Col 1, 13 ...). «En mi primera defensa (ante el tribunal), nadie me asistió; todos me abandonaron. Que Dios los perdone. El Señor me asistió y confortó..., y así fui librado de la boca del león. El Señor me librá de todo mal y me dará la salvación en su reino celestial» (2 Tim 4,16-18).

La imagen que emplea Pablo es la de una fiera con la que uno se encuentra cara a cara, dispuesta a saltar sobre nosotros y a la que le es arrebatada la presa en el último momento.

Esta petición es una invitación a que oremos como quien, ante un peligro de muerte, sabe que no puede salvarse por sí mismo, implora la ayuda inmediata y absolutamente necesaria del Señor. Es un S.O.S. lanzado por un creyente que ve amenazada su propia existencia de hombre evangélico y de hijo de Dios.

b. «¿Mal» o «Maligno?»

Los exégetas están a favor de la interpretación *personalizante*: «del maligno», entendiendo por esta palabra al que el N. T. llama «el Tentador» y «el Enemigo» de la fe cristiana y de la verdad evangélica.

Pedimos la ayuda divina para la hora de la tentación, *sobre todo* porque la tentación es una *asechanza del diablo*, una manifestación del poder hostil de los que Pablo llama, en Ef 6, 12, los «espíritus del mal» o «espíritus malignos».

El N. T. en varias ocasiones designa al diablo, o satanás, con la expresión «ho ponerós». El caso más típico es el de Mt 13, 19, en el que la afirmación «viene el Maligno» equivale a «viene Satanás» de Mc 4, 15 y a «viene el diablo» de Lc 8, 12. Otros casos: «La cizaña son los hijos del Maligno» (Mt 13, 38; v. 39: «el enemigo que la siembra es el diablo»); «apagar las flechas incendiarias del Maligno» (Ef 6, 16; cf. v.11: «resistir a las asechanzas del diablo»); «habéis vencido al Maligno » (1 Jn 2, 13.14); Caín era «del maligno» (1 Jn 3, 12) porque se manifestó como «hijo del diablo» (v. 10); «El que ha nacido de Dios no peca: el Hijo de Dios lo protege y el Maligno no lo toca» (1 Jn 5,18)

- Jn 17, 15: «No te pido que los saques del mundo, sino que los defiendas del Maligno». Juan da por tres veces a Satanás el título de «Príncipe de este mundo» (Jn 12, 31; 14, 30;16,11). Por lo tanto, esta oración de Jesús debe interpretarse de la siguiente manera: No te pido que los saques de este mundo en el que Satanás tiende sus asechanzas; te pido que los libres de la maldad del Príncipe de este mundo. Traducir genéricamente «que los libres del mal» sería ignorar la riqueza y la densidad del pensamiento joánico al respecto.

- 2 Tes 3, 3: «El Señor es fiel. El os fortalecerá y os libraré del Maligno». No se trata de algún «hombre malvado», enemigo de Pablo o de los creyentes. Se trata del que es *el Maligno*, cuya *maldad*, que se dirige contra la fe y la perseverancia evangélica de los creyentes, será derrotada por la fidelidad de Dios (cf. 1 Tes 5, 23-24; 3, 5).

Si se prefiere la interpretación *impersonal* y traducir «líbranos del mal», habrá que recordar que Jesús nos invita a pedir al Padre que nos libre del peligro de un mal *cualquiera o*, genéricamente, de *cualquier género* de mal. La liturgia romana de la misa glosa así la conclusión del Padre Nuestro: «Líbranos de *todos los males*, pasados, presente y futuros».

c. «El que nos llama es fiel»

Jesús invita a sus discípulos a orar con estos pensamientos: Padre, la vida que estoy viviendo por la fe ha sido infundida en mí por Cristo, que vive en mí (cf. Ga12, 20). Yo sé que esta presencia viva de tu Hijo dentro de mí se encuentra en peligro, ya que la fragilidad y la rebeldía de la «carne» me hace vulnerable al mal y me expone a las hostilidades del maligno (Mc 14, 38 = Mt 26, 41). Revísteme con tus «armas» (Ef 6,10-11.13) y no permitas que me separe de ti cuando llegue la tentación (Rom 8, 35-39); sobre todo, no permitas que el Príncipe de este mundo triunfe sobre mí (Jn 17, 15), sino concédeme progresar con tu gracia hacia la perfección de Cristo en mi persona (cf. Rom 12,2; 1 Cor 3, 18; Ef 4, 23-24; Col 3,9-11).

El Padre celestial, al llamar al creyente a su reino y a su gloria (1 Tes 2,12) y al imprimir en él la imagen de su Hijo (Rom 8, 29), se ha comprometido a ayudarlo con su fidelidad misericordiosa. Dios quiere llevar a feliz término la obra que comenzó (Fil 1, 6); y quiere hacer crecer el don evangélico del amor hasta la perfección